

Pedagogía del dolor

Emmanuel Buch Camí

Pastor de la Iglesia Evangélica Bautista.

A *Ofelia*

Pensar y penar...

Emil Brunner ocupa un lugar de primer orden en el ámbito de la teología protestante contemporánea aunque a menudo empujado por la sombra omnipresente de su amigo Karl Barth. Más conocido por sus réplicas a aquél que por sus propias proposiciones, sin embargo su obra es mucho más accesible al lector que la densa reflexión barthiana. Además, su consideración no excluyente de la teología natural y su preocupación por las cuestiones de Moral facilitan el diálogo entre su obra y el mundo actual.

Lamentablemente en castellano contamos tan sólo con pequeños opúsculos de su producción. Para acceder a sus grandes obras, como los tres volúmenes de la *Dogmática* o el tratado de moral cristiana *El Imperativo Divino*, debemos acudir a los originales alemanes o a sus traducciones.

Un ejemplo de estas últimas es *Eternal Hope* (The Westminster Press, 1953, 230 págs.), un manual sobre cuestiones clásicas de escatología cristiana y sus implicaciones en el presente. Las referencias se suceden sobre muerte, resurrección, eternidad, Reino de Dios,... Pero el elemento que imprime carácter al libro y obliga a seguir respetuosamente el texto

es la dedicatoria con que abre sus páginas:

To the memory of my sons

Peter

1919-1942

and

Thomas

1926-1952

Con semejante punto de partida ya no es posible seguir leyendo de manera distante y aséptica. El libro experimenta a los ojos del lector una transformación radical: ahora es mucho más que un tratado; es testimonio vital avalado por el sufrimiento personal.

He aquí la cuestión: ¿puede escribirse con autoridad sin pagar la cuota personal que nos adhiere vitalmente al mensaje? No parecería justo exigir certificado de comprobación existencial a cada página firmada pero no es menos cierto que reinando en el ambiente una saturación sofocante de enseñantes y predicadores verborrécicos, se hace urgente demandar en contraste maestros y profetas confirmados en su palabra por su propia sangre.

Dicho con un ejemplo clarificador: tres volúmenes de Obras de E. Mounier; eruditas y admirables, sólo alcanzan autoridad en plenitud por la luz que sobre ellas proyecta un cuarto volumen: el que recoge su itinerario biográfico de dolor y compromi-

so rastreado en sus cartas a modo de testimonio de su persona no menos que de su pensamiento.

Tampoco es casual que en Brunner, como en Mounier y en tantos otros, sea el sufrimiento quien establece la diferencia entre un pensamiento superficial por más que brillante y otro, calado hasta las entrañas de profundidad y espesor vital. «Nadie alcanza la madurez sin pasar por la cárcel o por cualquier otro modo de sufrimiento», escribe Mounier. A la inversa, quienes han sufrido demasiado poco o meramente se han acorchado como defensa ante el dolor, no pueden alcanzar el fondo genuino de lo humano; ni en los demás ni en ellos mismos.

Nada tan pedagógico como el dolor; sólo él nos despierta de un modo singular a la realidad del mundo y de la vida personal. También nos revela en su rostro más auténtico al prójimo: «No preguntes al hombre por su fe; preguntale por su dolor.» (Moltmann).

...A la luz de la cruz

Es preciso reconocer que no siempre una metodología correcta garantiza el éxito pedagógico. Del mismo modo que el sano propósito de doblar el cristal a martillazos termina en destrucción, el sufrimiento puede resultar desalentador o rotundamente

aniquilador de la persona. Es una realidad demasiado árida para ser digerida con facilidad. Los ingleses resumen esta verdad de manera gráfica cuando advierten que de la adversidad podemos salir «better» o «bitter».

Del encuentro con el dolor podemos salir perfeccionados pero corremos igualmente el riesgo de quedar amargados por las heridas del envite. Cuando el texto bíblico considera esta realidad es para remitirnos a un extraña perspectiva: la que ofrece el modelo de la cruz.

La teología protestante ha sido siempre sensible a este aspecto crucial de la revelación. Lutero resumió toda su percepción del Evangelio como «teología de la cruz». Bonhoeffer halla sentido y fortaleza para su propio dolor considerando la debilidad del Crucificado. Barth hace vibrar semejantes acordes luteranos en sus mejores páginas. Moltmann asienta la esperanza humana ante la imagen del Dios crucificado... No puede ser de otra manera ya que el apóstol Pablo identificó la esencia más propia del Evangelio con *la locura del Cristo crucificado* (1 Cor.1, 23).

Nuestra civilización se ha maleducado en la huída ante el dolor como única posibilidad digna de ser considerada. En sus pobres supuestos es malo lo que duele y es bueno lo que resulta grato. Aún los epicúreos clásicos se escandalizarían de semejante simplificación.

Las páginas de la revelación bíblica nos introducen en una visión bien distinta. Es bueno aquello que resulta útil, todo lo que contribuye a edificar el hombre interior, sea agradable o no a los sentidos. Por eso el texto bíblico no duda en llamar *bienaventurados* (Mt. 5, 5, 4) a quienes sufren y saben interiorizar ese sufrimien-

to para convertirlo en provecho. El apóstol Santiago se atreve a escribir: *tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas* (Stgo. 1, 2); y añade *tenemos por bienaventurados a los que sufren* (Stgo. 5, 11). El apóstol Pedro reconoce la utilidad de ser *aflijidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual, aunque perecedero, se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo* (1ª P.1, 7). Jesucristo, en fin, enseñó a Sus discípulos a pedir de Dios no su particular deseo sino que fuera hecha en cada uno de ellos Su voluntad en cada momento, como la mayor bendición imaginable para sus vidas, resultara grata o ingrata (Mt. 6, 10). Así, la respuesta del alma que se introduce en «el callejón del llanto» (M. Hernández) no debe ser la huida precipitada sino más bien el *considerar* (Ecl. 7, 14a): escuchar la voz de Dios y aceptar Sus propósitos formativos.

Daríamos todos los bienes del mundo a cambio de un modo más cómodo de aprendizaje vital. Preferiríamos saber desde los libros y desde la vida de otros. Pero no es suficiente. Sólo el propio dolor nos sitúa en posibilidad de crecimiento y ahondamiento personal. De nuevo pues, el itinerario del optimismo trágico. Y tampoco en cualquier caso: sólo de la mano de Aquel que encarnó todo el llanto de los hombres, lo hizo Suyo y lo enfrentó en la cruz que por la resurrección dejó vencida.

En Jesucristo, sufrimiento y muerte han sido definitivamente derrotados. Participando de la existencia en Él también nosotros vencemos dolor y muerte, no procurando inutilmente evitarlos sino por integrarlos en Sus propios padecimientos y reconocien-

do en medio y a pesar de todo Su amante sabiduría: *Sabemos que a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien* (Rom. 8, 28).

Escribir estas cosas resulta escandalosamente fácil considerando a la vez lo inalcanzable de su apropiación siquiera aproximada. Conviene, por tanto, añadir un elemento más: la participación en la Gracia que las hace posible y que Dios ofrece a todos. Y es que también esta actitud de afirmación frente al dolor,... *como todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad nos han sido dadas por su divino poder* (2ª P. 1, 3). **A**

Nota

1. Las citas bíblicas que recogemos están tomadas de la revisión de 1960 a la traducción castellana de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602). Ambos reformadores españoles ofrecieron de este modo una contribución excepcional de la que aún hoy les es deudor todo el Protestantismo de habla hispana y el mundo cristiano en general.